Título: NOCHEMALA Autor: Vettón

 ===============================================

TEXTO:

(Día de Nochebuena de 1.929, en algún lugar de la presierra salmantina)

 Hacía ya varios días que Sindo, (Gumersindo Sánchez García le nombraban cuando hizo la mili en Jaca y a punto estuvo de ir a Marruecos a la guerra del moro), venía barruntando el maldito temporal porque el dolor roncero de “la reúma” de su rodilla derecha no fallaba nunca. “ Vaya por Dios, hombre! –pensaba contrariado- ¡Tenía que venir el arreón del tiempo ahora, en Nochebuena y en plena parición de las ovejas cuando más trajín me espera de día y de noche! En estas dos semanas parirán más de cuarenta - calculaba él, rezongando- y, yo, mancado con esta maldita pierna, casi sin condumio para mí y para los perros y, lo que es peor, sin poder dar con calma una vuelta por casa para ver y estar con “la mi Saturia” que está casi fuera de cuentas, a puntito, a puntito,….Y menos mal que, gracias a Dios, se alivió del andancio aquel de la tos perruna o la tos ferina o como coños se llame la tos esa del diablo, que principió por san Martín… ¡Pobrecita! ¡Qué mal espelde tenía! En fin, Dios proveerá que a veces aprieta, pero luego afloja… “

 Efectivamente, todo el día estuvo empeorando el tiempo y, al anochecer, el aguacero y la ventisca eran insoportables. El rebaño amontonado y arrecido en la majada de cañizos y carrascos se sentía acobardado. En cuanto a los perros, Satán, el enorme y torpón mastín daba vueltas al aprisco lentamente sin acusar los fríos latigazos del agua y sin abrir los ojos apenas. La valiente y aguerrida Chula, en cambio, se movía inquieta y expectante como esperando algo indefinible y desconocido. Su hijo, Moro, un perrazo generoso, inocente y fortachón, confiado e inconsciente, y que también llevaba puesta una carlanca como la del mastín, dormitaba resguardado a la entrada del chozo de Sindo, mirando distraídamente de cuando en cuando a su madre, la Chula.

 A su lado, a la abrigada del chozo y de la encina gorda en la éste se apoyaba, se encontraba la Perversa, la mansísima y fiel burra de Sindo que aguantaba resignada y encogida con la orejas gachas, las ráfagas casi heladas de viento y de agua que le llegaban con violencia.

 Sindo, después de atender a todo su ganado, lo que le llevó las dos primeras horas de la noche y de dar la cena a los perros, entró en el chozo, avivó la lumbre y en un santiamén dispuso su cena de Nochebuena. Apenas sentía necesidad de cenar, pues a media tarde, había comido un buen puñado de bellotas, dulces y avellanadas, que le habían sabido a gloria y le habían matado el hambre. No obstante, sacó del zurrón su vieja navaja cabritera –aquella misma con la que sacrificaba, llegado el momento, a sus corderos; no sin antes santiguarse, pedir perdón por lo que iba a hacer y mirando siempre al sol naciente – y con ella cortó un rescaño de pan reposado y una tajada de longaniza que consumió lento y pensativo. Descolgó luego del techo de su guarida la bota, que siempre le acompañaba, llena de vino de pitarra del lagar de su vecino el tío Afrodisio y trasegó, con placer, unos buenos tragos del mismo.

 Cuando hubo acabado, en una cantarita de hojalata, ordeñó suavemente algo más de medio litro de leche de su cabra favorita –la Sargenta- que vertió sobre un puchero de barro vidriado y la calentó en la lumbre del chozo. Empapó en ella el rebojo de pan que le quedaba y con un largo trago final acabó su austera y humilde cena de Nochebuena.

 Unos instantes después, sentado en su tajuela de pino y al amor de la mortecina lumbre, aspiraba lentamente, entrecerrando los ojos, el humo del cigarro que había liado con aquella picadura de tabaco que llamaban “caldo de gallina” que guardaba en la petaca; y, mientras permanecía ajeno al frío terrible y a la creciente furia del cierzo, arropado en su manta parda y con las manos extendidas hacia el fuego, su pensamiento voló -una vez más- a su casa; a “la su Saturia”, a su hijito Acisclo que ya había cumplido cuatro años –“coño, a ver si él puede quitarse de esta esclavitud mía, que aprenda, que se haga albañil o chófer o guardia civil, que se vaya a la ciudad, yo que sé, algo, coño, y no esto”-.

 A la parienta, en realidad y según sus cuentas le quedaba más de una semana y hasta bien podría ocurrir que no diera a luz hasta que no entrara en año nuevo. “Y es que allí en casa, -cavilaba Sindo-, no creo que tenga problemas. Está su madre, la señora Remigia, sus hermanas la Maruja y la Toña, y mi cuñado el Sulpicio, aunque el esgarramantas ese …; está también don Quintiliano, el médico, que todo el mundo dice que es muy bueno y está la partera, la tía Santiaga la Cachá, que ha hecho nacer a más de medio pueblo, en fin…De todas maneras, en un par de días me bajo a casa hasta que nazca el niño y que se venga el zarrapastroso del Sulpicio a la majada…”. (Iba a ser un niño, ¡seguro! pues así lo había pronosticado hacía más de cuatro meses la tía Jamina, la bruja oficial del pueblo, que no marraba nunca el resultado y que era mejor tenerla como amiga, por si acaso, y por la buena marcha del negocio….).

 El sueño y el cansancio le vencieron. Más de cuatro horas duró su duerme-vela hasta que una algarabía estruendosa le hizo saltar del jergón de paja. Las esquilas y cencerros de las cabras y ovejas y hasta el zumbo que llevaba la Perversa sonaban alocadamente moviéndose en todas las direcciones. Los perros ladraban con furia y se atenazaban en sus ladridos histéricos. Aún era noche cerrada pero Sindo se calzó rápidamente las albarcas, cogió su cayado de fresno acabado en una durísima porra nudosa y salió del chozo en un verbo. Redil y animales se movían como locos y los tres perros situados delante del ganado parecían querer devorar la oscuridad y la nada.

 Al instante lo comprendió. Sobre todo, cuando una ráfaga de luz lunar, filtrada entre dos nubes le permitió ver a seis o siete alimañas tratando de rodear a sus perros y que parecían estar a las órdenes de una escuálida loba vieja, jefa de la manada, cuyos ojos asesinos y hambrientos, fijos en Sindo, brillaban como dos brasas amarillas y rojas reflejando los pocos rayos luminosos desprendidos, sin saber cómo, en la noche negra.

 Satán alcanzó a un macho que le buscaba el cuello –defendido por la terrible carlanca-, y logró apalancar sus mandíbulas en el colodrillo del lobo. Apretó sus dientes fuertemente, dio un inesperado giro a su cabezota y el espinazo de su enemigo se quebró con un chasquido estremecedor. Nunca más volvería a moverse la alimaña asesina.

 La Chula llevó la peor parte. Brava y generosa, se plantó ante una de sus contrincantes y con valentía y rapidez clavó sus colmillos en el hocico y la lengua de su rival destrozándolos para siempre; pero al quedar sin defensa, dos o tres de sus restantes enemigos se abalanzaron contra ella con sus afilados cuchillos y, en unos momentos, las entrañas de la Chula estaban desparramadas por el suelo y su cuello traspasado. Yerta quedó, con los ojos abiertos mirando el único destello, milagrosamente visible, de la luz de Nochebuena.

 El poderoso Moro, atacado por una de aquellas bestias, buscó el pescuezo del lobo como el instinto le mandaba, pero no alcanzó. Clavó sus dientes como puñales en la parte baja de la paleta de su enemigo y tiró con tal fuerza que le arrancó de cuajo toda la pata delantera.

 La aparición de Sindo, armado de cayado, hizo que la vieja jefa comprendiera que la batalla había acabado emprendiendo la retirada en la que fue seguida automáticamente por el resto de la manada útil que ya había convertido todo el aprisco en un charco de sangre. Más de una docena de animales entre corderos, madres y cabritos yacían agorgollados y desventrados. En su huida, cada fiera arrastraba con los dientes un cordero y, el más retrasado de todos asfixiaba cruelmente al cabritillo de la Sargenta. Hacia él se abalanzó Sindo,airado y colérico, y volteando su cayado, lanzó un golpe con su porra que, por suerte, alcanzó el cráneo de la alimaña cascándolo como si fuera una nuez. Sindo recogió amorosamente el agonizante chivito cárdeno y volvió con él al aprisco llorando.

 A punto de día y cuando hacía el recuento de sus bajas: su querida Chula, el hijillo de la Sargenta y el resto de sus inocentes animales asesinados y robados, Sindo creyó ver una figura lejana que subía hacia él. Durante un rato miró con fijeza entrecerrando los ojos hasta que, con una mezcla de sorpresa y sobresalto se dijo: “Pero, coño, si ese que viene parece el lagumán de mi cuñado Sulpicio: sí, es él, sin duda. No hay más que ver con la gracia que cojea: sólo él puede hacerlo así de bien; y cómo arrastra la anguarina, cómo se encasqueta la boina... si, es él, ¿Qué querrá o qué traerá?”.

 Antes de llegar el viajero a la majada ya empezó a gritar y a hacer aspavientos con los brazos y una cayada.

 ¡Sindo! ¡Sindo! ¡La Virgen, qué desgracia! Llegó corriqueando, descompuesto y acezando.

 ¡Sindo! ¡Qué desgracia! Corre, baja al pueblo, a tu casa. La Saturia, Sindo, de repente se puso de parto y muy malita anoche. ¡Dios mío, qué pena más grande, Sindo! Ni don Quintiliano ni la Santiaga conseguían sacar el niño y la Saturia se moría a ojos vista. Por fin lograron la criatura pero élla no resistió, Sindo, ¡no resistió! ¡Corre, Sindo, corre! No te preocupes del ganado, yo me quedo aquí con él.

 Sindo, tras unos momentos aturdido, pudo comprender y asumir el drama. Cayó de rodillas al suelo y rompió a llorar.

 ¡Señor! ¡Señor! ¡Qué dolor más grande! ¿Por qué? ¿Por qué? ¡Mi Saturia del alma! ¡Pobres hijitos míos! ¿Por qué?

 Sollozó sin consuelo un buen rato con las rodillas hundidas en el rojizo barro pegajoso hasta que, tambaleante, se incorporó apoyado en su cayado y mirando al cielo plomizo del alba que despuntaba, casi gritó:

 ¿Por qué, bendito Cristo del Amparo? ¿Por qué? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Nochebuena! ¡Nochebuena! ¡Nochemala para mí! ¡Nochemala para míïïïïï!...

 Al cabo de unos instantes, comenzó a bajar, como un autómata, por el sendero que vislumbraba el nuevo día llevando de diestro a la Perversa. Avanzaba despacio tropezando continuamente con las piedras y los matojos y llevando los ojos nublados por el dolor y las lágrimas. Su figura se fue empequeñeciendo y se perdió poco a poco en la campiña fría, helada, gris, amarga, baldía y triste…como su corazón.